

saca el oro, que permanece mezclado con cierta cantidad de arena negra. En el *lavadero* de un solo pozo del claim Raby, al cual asistimos, el oro llenaba una de las cajas de estaño destinadas á las conservas, y que contenía cerca de una cuarta parte de libra; es decir, el valor de 25,000 francos por quince horas de trabajo.

El 30 de octubre, despues de pasar diez dias en William's Creek, salimos de Cameron Town, y de nuevo atravesamos el Fraser, Soda Creek, Lyton y

Yale, haciendo breves detenciones en Victoria y San Francisco.

Entramos al fin en Liverpool por la via de Panamá y Nueva-York, y el 5 de marzo de 1864, al embarcar del *China*, nos vimos rodeados de muchos antiguos amigos que nos felicitaban por nuestra próspera llegada, y en breve volvimos á disfrutar de los dulces y verdaderos placeres del hogar doméstico.

VIAJE A LA ISLA DE LA REUNION.

(ISLA BORBON);

POR M. L. SIMONIN.

1861.

I.

SAN DIONISIO.

De París á San Dionisio.—Primer aspecto de la ciudad.—El boulevard Doret.—Vegetacion de los trópicos.—El arroyo de los Negros.—El río de San Dionisio.—Los bailes de la plaza Cándida.—La estátua de Labourdonnais y la calle de París.—El jardín del Rey —M. Prudhomme, diseador y volteriano.

De París á San Dionisio, no siempre el cámino mas corto es el mas agradable, y mientras hay quien prefiere el camino de hierro del Norte, yo tomé el de París á Leon y al Mediterráneo, que me condujo hasta Marsella. Verdad es, que *por todas partes se va á Roma*, y que el San Dionisio á donde yo me dirigia no es la sub-prefectura del Sena, última morada de nuestros reyes, sino la capital de la Isla Borbon, hoy llamada de la Reunion. Iba á las islas, como dicen en París al emprender un viaje á las colonias lejanas.

Salí de Marsella el 18 de febrero de 1861, en el paquebot inglés *Valetta*. Llevaba á su bordo un cargamento humano completo, con destino á Malta y el Egipto. El camino de hierro intermarítimo nos transportó desde Alejandría al Cairo, y desde el Cairo á Suez.

Desde Suez á Aden, en la costa de Arabia, desde Aden á los Seychelles, archipiélago francés en otro tiempo, de allí á la isla Mauricio, nuestra antigua Isla de Francia cuya capital se llama aun Puerto-Luis, y en fin, desde Puerto-Luis á San Dionisio, nos pasó el vapor inglés *Nepaul*, como pudiera una locomotora; y el 28 de marzo por la mañana, desembarcaba ya sano y salvo en la capital de la isla de la Reunion.

En menos de un mes, habia recorrido próximamente 3,000 leguas; y me parecia ya tiempo de descansar. Los ingleses podrán tener en sus casas lo que ellos llaman *confort*, pero no le tienen por cierto en sus buques, y mis compañeros de viaje, durante toda la travesía, invocaban, como yo, de todo corazón, el deseado dia en que vapores franceses trasporten los pasajeros del mar de las Indias.

La ciudad de San Dionisio apareció á mis ojos graciosa y ataviada, como en dia de fiesta. Las lluvias que habian caído á torrentes en los meses anteriores,

habian reanimado singularmente la vegetacion, pero sin refrescar la atmósfera. Me encontraba transportado de uno á otro emisferio; y en vez del frio de París, en breves dias me hallaban sufriendo el calor de los trópicos. Mis viajes de un extremo al otro de América me tenian acostumbrado á esos súbitos contrastes; pero lo que hasta entonces no habia visto aun, era una naturaleza tan brillante, y sobre todo una ciudad tan graciosa como la que se estendia á mi vista.

Mientras el criado lascar, indio negro y vestido de blanco, á quien encargué mi equipaje, se dirigia hácia la fonda de Europa, me paseé yo tranquilamente por las calles. Aun se respiraba el fresco de la mañana, y los jardines que se prolongaban á uno y otro lado de las aceras, esparcian en derredor mio una sombra bienhechora.

Al través de las verjas que cerraban estos jardines (*las barras*, como las llaman los criollos) se descubria la *caranga*, galería abierta que rodea los edificios. Un quinqué de cristal, que se enciende por las noches, y grandes sillones de roten donde se columpia uno negligentemente, forman todo el mueblaje de aquellos lindos peristilos.

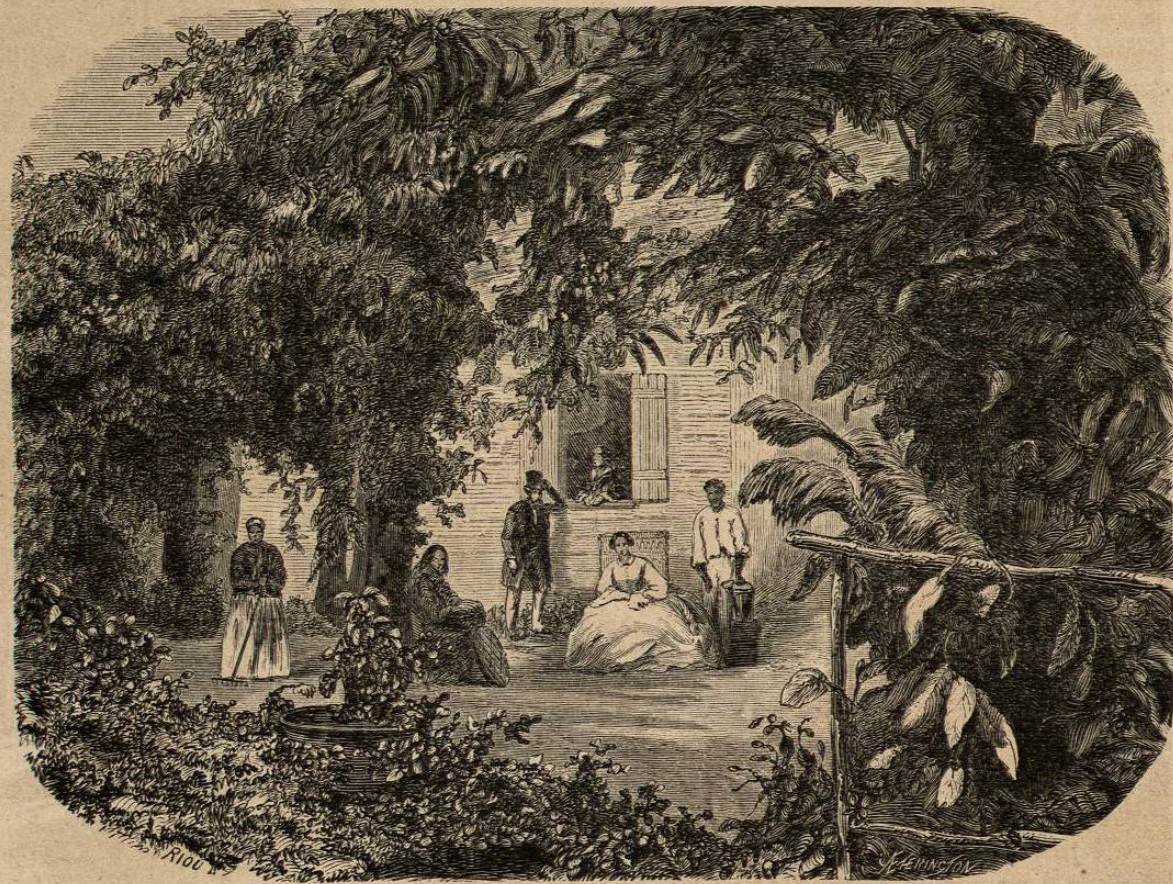
Quando llegué á la fonda ya estaba allí mi criado. Hice que avisasen mi llegada al excelente M. E. Crémazy, á quien habia sido recomendado, y consintió en dedicarme una parte de su tiempo. Visité en su compañía los barrios de la ciudad que no habia recorrido aun: las calles son anchas, bien alineadas, y se cruzan perpendicularmente. Alrededor de la ciudad hay un paseo circular, el *boulevard Doret*, que está muy frecuentado por las tardes por gran número de carruajes. En cuanto los rayos del sol se inclinan oblicuos al horizonte, y empieza á templarse el calor, las damas, despues de haber dormido su siesta, van á aquel paseo á lucir sus resplandecientes *toilettes*. Allí se admiran tambien en todo su lujo, los pintorescos trajes de los criados venidos de la India. Los negros, emancipados en 1848, han rehusado en su mayor parte servir á los antiguos amos; y por consiguiente, los malabares, los lascars, los bengalinos, los telinguas, en fin, todas las razas de la India, han sido puestas á contribucion, para reemplazar á los esclavos africanos.

El *boulevard Doret* es el bosque de Bolonia de San

Dionisio, y es notable por algunos edificios, dignos de príncipes, que se han construido á sus inmediaciones. También en aquel sitio se desarrolla con toda su magnificencia, y con eterna verdura, la vegetación de los trópicos. Desde la carretela descubierta en que yo me paseaba, y sin mas que volver los ojos á derecha ó izquierda, pude entregarme á mi placer á un verdadero estudio de botánica colonial. Las cañas de azúcar elevaban en los campos su tallo esbelto, algunas de ellas coronadas por un ramillete, y en

los jardines se veían mezclados el bananero de racimos colgantes; el cocotero de alto tronco; el badamiero de formas originales; el manguiero, de espeso follaje; el eví, ó árbol de Citerea; el piñon de la India, de oleoso fruto; el árbol del pan, originario de Taiti; el vacoa, cuyas hojas trenzadas sirven para esteras y cestos; el papayero ó tronco sin ramas, en forma de columna que tiene por chapitel una corona de melones verdes.

A todos estos árboles tan característicos de la ve-



Jardin del boulevard Doret en San Dionisio.—De fotografía.

getación de los trópicos, y tan nuevos para el europeo, se unen, el abocatero, cuyas peras recuerdan la manteca; el letchí importado de la China, el mangustan de perfumados frutos; el flamigera, de brillantes flores; el goyavero, pariente del membrillero de Europa; la higuera de los banianos, oriunda de la India; el jacquier, de aspecto majestuoso. A intervalos un plantel de café, un muscadero, un girófle, ofrecen muestras del cultivo de las grandes habitaciones de la isla, y en las laderas el tamarindo y el palo negro hermanando sus sombras oscuras con el filao ó pino de los trópicos. En los jardines, los rosales de todas clases; las lianas, de flores multicoloras;

el árbol del viajero, que abre sus hojas en forma de abanico y retiene el agua entre sus pliegues; la vainilla trepado; el hibiscus de color de fuego; el granado; el ananá y el aloe, unidos á los árboles ya enumerados. Todas estas distintas vegetaciones, mezclando sus flores y su follaje, hacen del paseo de San Dionisio una especie de paraíso terrenal, y de los alrededores de las casas de la ciudad un lugar verdaderamente encantador. Consultando mi memoria, no encontraba en ella otro ejemplo de naturaleza tan brillante, fuera de los verdes y pintorescos jardines de la Habana.

El arroyo de los Negros, que atraviesa el boule-

vard Doret, ofrece también un espectáculo curioso. Todos los criados de San Dionisio acuden allí por las tardes, por agua fresca para la comida de la noche. Juntanse allí indistintamente indios y negros, y cada uno llena un barrilito que se lleva sobre la cabeza. Muchas veces, merced á la parsimonia con que caminan aquellos criados con cara de hollín ó de ébano, el agua llega á casa ya caliente, y el amo se incomoda contra su negligente criado, quien al día siguiente

vuelve á hacer lo mismo. Ellos creen que las jarras y los búcaros de panza porosa bastan para refrescar el agua en casa, y no ven la necesidad de precipitar su marcha perezosa.

En las cercanías de la fuente dondè se llenan los barriles y jarros, y entre frescos bosquecillos, se oculta una porción de cabañas de paja y de bambúes. Es una aldea de negros, antiguos esclavos, que disfrutan en dulce *far niente* los placeres de la libertad.



Calle de la iglesia de San Dionisio.—De fotografía.

Desde que la revolución de 1848 le ha emancipado, el negro no quiere ya trabajar para nadie, sino para sí mismo; se engalana orgulosamente con el título de *ciudadano*, único bajo el cual consiente que le designen, y la posición que mas ambiciona es la de propietario en pequeño. Un cerdo que cria con trabajo, y algunas gallinas flacas que tarda poco en llevar al mercado, divagan todo el día alrededor de su choza. Delante de la puerta tienen una huertecita plantada de legumbres, donde cultivan en sus respectivos cuadros, el *amrabada*, especie de guisante en forma de arbusto; el maíz, cuya espiga se comen los negros; el *chuchu*, de fruto semejante al cohombro;

el *giromon*, de la familia de la calabaza; y el betel, cuyas hojas saben á pimienta, y las mascan los indios. Buenas vecinas de estas plantas, crecen allí mismo la cebolla y el puerro, que pertenecen á todas las latitudes; la *breda*, de que los criollos comen las hojas con arroz; el *arrow-root*, cuyo tubérculo encierra un polvo que reemplaza al almidon; el manioc, ó uvas harinosas; la patata; la judía, que compete con la de Soissons; y en fin, la verde serie de las ensaladas. Todos estos vegetales llevan en la colonia el nombre, bastante pintoresco, de *viceses*, denominación que podrá parecer curiosa á nuestros lectores; pero en Borbon no se paran en perfiles, y sin consul-

tar á M. Boiste ni á la Academia, se llama sencillamente *azucareros* á los colonos que fabrican el azúcar.

En las huertas de los malabares se encuentra entre los víveres el arroz, el azafran y el pimiento. Los campos son más grandes y el cultivo más inteligente. Los hijos del Ganges son hortelanos por costumbre y por amor al arte. Los hijos del África, al contrario, parece que no veneran al dios de las huertas, sino por mero pasatiempo.

Volviendo la espalda al arroyo de los Negros y á su aldea de bambúes, volví á San Dionisio por el camino que costea el rio, y se estiende al Este de la ciudad.

Allí cambia de aspecto el paisaje. La corriente del agua, profundamente encajonada, va á arrojarse en el mar, que se descubre en frente. Los buques anclados en el fondeadero se mecen al soplo de la brisa. En San Dionisio no hay puerto, ni aun rada hospitalaria; y al menor golpe de viento, á la más ligera señal de tempestad ó de marea, se dispara un cañonazo, y cada capitán leva áncoras á toda prisa. Pero en cuanto llega el mes de marzo, han pasado ya los malos tiempos, y los buques que yo distinguía en el mar, parecían columpiarse en dulce quietud, y descansar de las emociones de la invernada. A mi derecha se elevaba, como una muralla gigantesca, la cordillera basáltica del cabo Bernardo, que va á sumergirse á lo lejos en las aguas.

En una esplanada se ve el Hipódromo, donde por el mes de agosto se celebran las carreras de caballos, que conmueven toda la isla. Por la falda de la montaña, cuya cumbre corona una torre de vigía, serpentea, como una cinta en sinuosidades, el camino de San Dionisio á San Pablo. Hacia la costa se estiende un inmenso edificio, las Casernas. Al otro lado del rio hay gran número de casas, y subiendo contra la corriente, se entra en una enorme cortadura abierta en medio de aquel suelo volcánico. Las murallas (este es el nombre que se da en el país á las rocas y montañas con picacho) se estiendan á derecha é izquierda; y las columnas de basalto, algunas de ellas ennobridas hacia la cúspide, recuerdan las antiguas convulsiones geológicas que acompañaron á la aparición de la isla sobre la superficie del Océano. De esos grandiosos trastornos, de esas conmociones violentas, ningún ser humano fue testigo; pero nos han dejado huellas vivientes, que nos permiten remontar hasta el origen de los hechos, y asistir en espíritu á la formación sucesiva de nuestro globo.

Haciendo estas reflexiones, llegué ante la balsa de refugio ó *barrachois*, y de los puentes de hierro y de maderamen echados sobre el mar, para la carga y descarga de los buques. Después, sigue el palo de las señales donde se anuncia la llegada de las embarcaciones.

Tal es el aspecto del puerto de San Dionisio. Continuando por la orilla del rio, pasé por delante de las baterías, y fuí á parar á un nuevo paseo plantado de magníficas filaos. Allí es donde, los domingos por la noche, se entregan los negros á sus bailes descabellados al compás del *bobra*, de la *cayamba* y del *tamtam*. Estos instrumentos primitivos tan fáciles de manejar como de fabricar, alegran al hijo de África, quien, escitado por su ruido, se permite las más licenciosas contorsiones, con el tácito consentimiento del agente de policía, testigo de todos sus regocijos. También he visto en la plaza Cándida, á la sombra de seculares filaos, no lejos de las olas que vienen á morir en el arenal, á negros de Zanzibar de talla gigantesca y tipo caucasiense; á cafres con el rostro embadurnado de asquerosas manchas; á malgaches de trenzada cabellera y piel tiznada; á mozambiques con la nariz sembrada de granos de maíz; y á negros del Cabo de cara estúpida, entregarse separadamente á sus bailes nacionales. Los grupos eran numerosos, y todos los bailarines se retorcián como diablitos. Unos, llevaban plumas en sus cabellos; otros, cascabeles alrededor de la cintura y de las piernas. Muchos, acompañaban con gritos estravagantes el ruido, no menos discordante de la música; pero todos estaban contentos, y los balancés y cadenas de aquella infernal comparsa africana, que se llama la *sega*, se sucedían sin tregua ni descanso. Algunos soldados de la guarnición, algunos mulatos, verdaderos *gentlemen* que rehusan bailar, y gran número de nodrizas y niñas, componían la turba de curiosos. Yo me había deslizado entre los espectadores, y presencié á mi placer aquel baile tan nuevo para mí. La parte escogida de los criollos no asiste á estas diversiones, ya sea porque nada encuentra en ellas de interesante, ya, también, porque en la Reunion está muy descuidada toda clase de estudios de costumbres.

No me agradaba la permanencia en San Dionisio, solo considerada por el lado pintoresco. Gustábame también recorrer la ciudad, donde se encuentran parajes dignos de fijar la atención.

Uno de ellos es la plaza del Gobierno, donde está el palacio del gobernador, vacío á la sazón, porque el jefe de la colonia se había retirado á *los hauts*, en San Francisco, en el fondo de una apacible y fresca vivienda. La estatua de la Bourdonnais, erigida delante del palacio, parecía haber sido puesta allí á propósito, para ocupar el hueco que dejaba el gobernador ausente. También está allí como un homenaje tardamente rendido al más hábil de los administradores, y á uno de los más valerosos marinos de nuestras antiguas colonias de la India. Injustamente calumniado en tiempo de Luis XV, que no supo defenderle, la Bourdonnais estuvo encerrado tres años en la Bastilla, y murió de disgusto de haber sido tan

mal recompensado. Los actuales habitantes de la isla Borbon, y los de la isla Mauricio, se han mostrado más reconocidos y menos olvidadizos que el rey de Francia. Así en Puerto-San-Luis, como en San Dionisio, se ha levantado á la Bourdonnais una estatua de bronce: los criollos de la Reunion han dotado además á la hija del célebre y desgraciado almirante.

Dejando el palacio del gobernador, remonté la calle de París, donde se admiran sucesivamente la catedral, el hospital militar, y la casa de la ciudad. Mas allá, en una calle lateral está el mercado ó *bazar*, con su población de indias, muchas de ellas graciosas, y todas ellas frescas y elegantes.

Al fin de la calle de París se halla el jardín botánico, ó jardín del Rey, como se llama aun. Yo lo visité acompañado por el director del establecimiento, M. Richard. Todas las plantas están alineadas por familias, lo cual facilita mucho el estudio, y lo hace más agradable. El buen M. Richard fue director de los planteles de Saint-Cloud, en tiempo del primer imperio. Después estableció los planteles coloniales de Cayena y del Senegal, donde fundó el Richard-Toll. Había hecho el viaje al Senegal en el buque que iba de conserva con la *Medusa*. Una mujer, con quien después se casó, y se hallaba á bordo de la famosa fragata, es una de las últimas personas que han sobrevivido al terrible naufragio. Trasladado M. Richard á la Reunion, ha introducido en su jardín nuevas especies tropicales, y entre otras la palmera de Cayena. Nuestro botánico es uno de esos sabios ancianos que han visto mucho, y lo retienen en la memoria. Su conversacion es en extremo agradable, y le soy deudor de gran número de anécdotas, algunas de las cuales encontrarán cabida en este escrito.

Algunos criollos están en la creencia de que el jardín del Estado no se fundó más que para ellos; para darles verduras cuando no se encuentran en el mundo, y tienen que dar un convite; para suministrarles también toda especie de plantas nuevas: hasta las que ellos mismos inventan.

Un día uno de esos señores envió á pedir á M. Richard *hojas de granada*. El botánico comprendió que había en esto error, y entregó hojas de granado.

«No entendeis una palabra, le escribió el colono; y no vale la pena de que el Gobierno mantenga un director científico en el jardín del rey, si ha de conocer tan mal su profesion. Mi criado, portador de esta carta, os enseñará á conocer la hoja de granada.»

«No estoy en el caso de tomar lecciones de vuestros criados, respondió M. Richard; y en cuanto á la hoja de la granada, sabed, señor criollo, que las granadas no producen hojas, así como los huevos de gallina no echan plumas.»

El colono se dió por vencido, y no volvió más á la carga.

Algunos días después, dos bellas damas, en busca de flores nuevas, enviaron á pedir flores de azufre y flores de bismuto. El director del jardín botánico les respondió que él no *tenía*, y donde probablemente las encontrarían era en la botica. — «Todo esto prueba, me decía el bueno de M. Richard, que el libro de la naturaleza no se ha abierto aun para muchos colonos, y que en la espléndida vegetacion que la rodea, no ven aun más que flores y hojas.»

Junto al jardín botánico está el Museo de historia natural, que el excelente M. Morel, abogado, ha sabido hacer digno de la colonia. Descuidando algunas veces á Triboniano y á Cujas, por Buffon y Cuvier, ha empleado sus horas en hacerse naturalista distinguido, y sobre todo *ichthyólogo* de gran mérito. Su colección de pescados es una de las más hermosas que pueden verse... Pero no lo digamos en alta voz, no sea que llegue á oídos de M. Valenciennes, en el Museo de París. M. Morel podría reconvenirme de haber hablado demasiado.



Danza de los indios.—De fotografía.

El preparador del Museo de San Dionisio es M. Prudhomme, gran disecador de pescados, de que compra las especies más raras, cuya carne se come; todo á espensas del Estado. M. Prudhomme es un cómico antiguo, de bastante talento. En su tiempo representó con Talma, y él lo recuerda con legítimo orgullo. Tiene noble semblante, adornado por hermosa barba blanca, y no obstante sus setenta años, conserva muy buena presencia. Decía que aun sentía algunas veces retoñar el antiguo fuego (1). En la

(1) Escribiendo estas líneas recibí la noticia de que este hombre excelente ha muerto.